

TRES REPRESENTANTES DEL ARTE MICHOACANO ACTUAL

Por: Héctor Ceballos Garibay

Luis F. Ceballos (Uruapan, 1953). Aparece su figura silente en todas las vivencias rutinarias de la vida en familia. Lleva consigo, como venturoso destino, el aura misterioso que se decanta en una vocación temprana e irrevocable: desde su primera infancia convertía la arena de las playas en los rostros efímeros de sus héroes preferidos, y toda hoja en blanco que caía en sus manos se transformaba inexorablemente en un espacio fantasmagórico poblado por personajes que emanaban a raudales de la tinta, el carboncillo o el pincel. Y así, con el transcurrir del tiempo, el talento innato y el oficio diario fructificaron en el artista maduro que es hoy. Pero el silencio permaneció con él durante varios lustros, como si estuviera corporeizado: una silueta angulosa, portando su timidez abismal, expresándose y comunicándose a fuerza de trazos, colores y texturas, logrando al fin su propósito de decirnos: aquí estoy y así veo el mundo. ¿Y cómo ve el mundo Luis F. Ceballos? Ciertamente no es un edén, tampoco un averno; más bien se trata de la realidad descarnada y cruda: seres humanos carcomidos por sus propias pasiones, sobre todo la codicia, la avaricia, la vanidad, la sed de poder y la lujuria. No siempre somos así –diría alguna “buena conciencia”. Y ello es cierto, pero muy frecuentemente, con el menor pretexto, los individuos caemos en esa insondable y demasiado humana tentación de procurar el mal a nuestros semejantes. Así las cosas, al conformar su polifacético universo iconográfico, el artista deja poco a poco su silencio espectral y comienza a hablar en voz alta. Se trata de una propuesta estética que abreva de cuatro manantiales: 1. El temple expresionista, que origina esas figuras de fuego, descuartizadas y dolientes; que asimismo produce los rostros convulsionados y los cuerpos ahítos de angustia en escenarios dantescos de excitante colorido; 2. La estirpe surrealista, de donde emergen los horizontes oníricos y mágicos, la imaginería fantástica, los universos esotéricos y místicos, y el perpetuo tránsito de ida y vuelta entre la realidad y la irrealdad, entre lo terrenal y lo sideral; 3. La prosapia cubista, de la cual se deriva una figuración saturada de triángulos, conos y líneas recortadas impregnadas de un variado y profuso cromatismo; y 4. El linaje más contemporáneo que proviene de la caricatura y del arte pop, todo un bagaje imprescindible para entender los personajes (payasos, enanos, duendes, niños) concebidos en una atmósfera de provocadora ingenuidad.

Como un tema recurrente, aunque a veces en forma solapada, en la obra plástica de Ceballos encontramos la presencia del “bello andrógino”, ese ideal mítico y ancestral que le sirve al pintor para

regodearse con las sugerencias eróticas que encierra la misteriosa ambigüedad sexual humana. Sólo me resta añadir que, por obra y gracia de su insaciable creatividad, Luis Fernando finalmente ha encontrado el modo de transmutar aquel silencio de antaño en una sonora y feliz algarabía.

Arturo Macías (uruapense por adopción). Lo conocí hace unos cuantos años, pero es tan fuerte su impronta en el microcosmos provinciano y apacible que nos circunda, que tengo la sensación de haberlo tratado desde tiempos inmemoriales. El arquitecto Macías es un personaje legendario: hombre de muchos oficios y saberes, galante y ceremonioso, gentil y pulcro en el cuidado de su salud, melómano y mujeriego, promotor cultural y sibarita del arte. Visitar su residencia de Uruapan constituye una suerte de provechoso paseo por la personalidad de este artista autodidacta, que lleva los años como si fueran escalones hacia la sabiduría. Se trata de una casona a la vera del río Cupatitzio, con un luminoso patio central, cuatro soberbios portales y una acogedora sala en donde se muestran algunas espléndidas piezas de la estética indígena (sobre todo maya y purépecha) y del arte y la artesanía nacionales e internacionales.

De la producción escultórica de Macías confieso mi predilección por dos vetas, ambas igualmente sugestivas y succulentas como la propia madera que le sirve de materia prima al artista. Primeramente, las obras que lucen y traslucen ese acervo eficazmente decorativo de iconos y glifos de origen maya, los cuales invitan a la reflexión y al mismo tiempo suscitan el embeleso. En segundo término, las estatuas que se alejan de los estereotipos realistas, aquellas que, recuperando el arte del África negra y los alargamientos y las abstracciones de inspiración modernista, conforman una serie magnífica de cuerpos deformes, caras gesticulantes, cabezas sin rostro y viejos con expresión impávida o compungida.

Diana Gálvez (moreliana por adopción). Aún no he tenido la suerte de mirar sus ojos y advertir su sonrisa. Pero en cambio sí he visto, pasmado, algunas de sus escalofriantes obras pictóricas. La concibo en mi imaginación como una mujer de enorme temple, casi tempestuosa e intempestiva, fastidiada con los engorros y las injusticias de la vida cotidiana. Una mujer que no se deja vencer, y la cual, a manera de salvación, se desprende de su furia gracias a esos magníficos dones artísticos que posee.

Absorto y extasiado ante el espectáculo visual que me proporcionan estas creaciones estéticas de Diana Gálvez, rememoro las sabias palabras de Chardin: “Nos servimos de los colores pero pintamos con los sentimientos”. Y en efecto, son cierto tipo de sensaciones, tales como el dolor de existir, la incompletud

del espíritu y la asfixia del alma, las que se convierten en la verdadera trama que subyace en los cuadros suyos que he tenido la fortuna de admirar.

De ellos, además de su trazo vigoroso, me entusiasman particularmente esas intensas elucubraciones expresionistas que le permiten a la pintora explorar las infinitas metamorfosis kafkianas del ser humano: el cuerpo como cárcel de la voluntad, la desnudez de los torsos confundida entre las vísceras de tonalidades ocres, y los rostros sonrientes o sombríos que vuelven más patente la condición vulnerable y dramática de los individuos. Para fortuna de su público, Diana Gálvez exhala sus sentimientos más recónditos, nos transmite sus exaltadas emociones, reproduce con lucidez esos ambientes tenebrosos que tanto le apasionan y le imprime colores fuertes a sus volúmenes miguelangelescos, todo ello, quiero suponer, con el ánimo de brindarnos una estremecedora radiografía del alma humana.